

Luis Enrique DELANO

Victoria Ocampo

Lo bueno de Victoria Ocampo, la escritora argentina que acaba de morir, era su pasión por las letras, por el arte, que no sólo la llevó a escribir libros, a editar revistas, a invitar a Buenos Aires a figuras muy destacadas de la literatura europea, sino también a desarrollar una tarea sostenida y planificada para dar a conocer en su país y en la América Latina a autores que de otra manera habríamos tardado mucho tiempo más en leer. La revista *Sur*, que dirigió y financió y que tuvo una larga vida, hasta la década del 70, así como la editorial del mismo nombre, fueron los vehículos que empleó en esta tarea. Confieso que no he leído mucho de Victoria Ocampo, aparte de algunos artículos aparecidos en *Sur* y de un volumen, *Testimonios*, de notas literarias y autobiográficas. Un libro finamente escrito, con buen estilo y elegancia. Quizás demasiada.

Lo que se le ha criticado a Victoria Ocampo es que limitó su acción a cierto sector de la literatura europea en el que había solamente altas figuras del pensamiento burgués, como D. H. Lawrence, Ortega y Gasset, Paul Valéry, Virginia Woolf, Saint-John Perse, Herman Hesse. . . Escritores europeos que en la misma época interesaban vivamente a la juventud latinoamericana —cito al azar: Máximo Gorki, Romain Rolland, Henri Barbusse, Panait Istrati, Vladimir Maiakovski— no tuvieron mucha cabida en las preocupaciones intelectuales de Victoria Ocampo.

Mujer de gran fortuna —producto del trabajo en las estancias ganaderas y en otros negocios—, perteneciente al llamado gran mundo de Argentina, era una representante fiel de su clase en el campo intelectual. A la manera de Borges, aunque más activa y menos declarante. Estuvo contra el primer gobierno de Perón —de Perón y Evita— y hasta sufrió una detención por parte de la policía política del líder de los "descamisados", allá por los comien-

zos de la década del 50. Escritores americanos y europeos de diversas tendencias se movilizaron solidariamente para reclamar su libertad. Pero sus flechazos opositores eran lanzados desde un lugar diferente de aquel en que se situaba una parte importante del pueblo argentino. Un sector de las masas decía tener sus razones para apoyar a Perón. Otro sector se agrupaba en los partidos proletarios que trabajaban en la clandestinidad, con no pocos de sus líderes en Villa Devoto y otras cárceles. Mientras para Victoria Ocampo, Perón representaba una ruptura de la tradición burguesa, la entronización de las capas bajas en los asuntos de Estado, para los partidos proletarios era la demagogia hecha gobierno, con escasas ganancias para los trabajadores, en lo interno. Su oposición al imperalismo, de la que mucho se hablaba, era criticada en el sentido de que se reducía a algunos gestos espectaculares, como la campaña contra el embajador norteamericano Spruille Braden, un inversionista que tuvo grandes capitales en la empresa cuprífera Braden Copper, de Chile. Otro gesto que dio origen a agudos comentarios fue la respuesta de Eva Perón al llamado de un organismo de caridad norteamericano que pidió ropas para los niños pobres de Estados Unidos. Evita envió a Washington un cargamento de ropas usadas que desconcertó a los organizadores de la recolección. ¿Lo recibimos?, preguntaron vacilantes al Departamento de Estado. Y este contestó filosóficamente: Recíbanlo.

Victoria Ocampo publicó numerosos libros ajenos en su editorial *Sur*, entre ellos *Tala*, el segundo volumen de versos de Gabriela Mistral, cuyos derechos de autor fueron cedidos por la poetisa a la ayuda a los niños de la República Española, entonces en guerra contra el fascismo. Y yo me digo que no es malo que una millonaria dedique su dinero a esta tarea, la de las letras, la de divulgar a buenos escritores

extranjeros, la de promover conferencias y reuniones, la de hacer funcionar imprentas y circular revistas. Creo que en este caso, el snobismo es sobrepasado por lo positivo de la obra cumplida. Si Victoria Ocampo hubiera realizado de un modo más amplio esta labor, abarcando a otros sectores de las letras mundiales, de seguro habría merecido el elogio general.

Yo la conocí apenas, la vi cinco minutos en Madrid, el año 1934, en casa de Gabriela Mistral. Me tocó la suerte de asistir al primer encuentro de estas dos mujeres, el cual quedó registrado así en mi libro *Sobre todo Madrid*. Copio: "Me hallaba en casa de Gabriela cuando ella se encontró por primera vez con Victoria Ocampo. ¡Qué distintas eran! Aspera, verídica, pasional, Gabriela; rebuscada, exquisita y sofisticada la escritora argentina, tan apegada a lo europeo como Gabriela a su Valle de Elqui. Victoria Ocampo llegó elegantísima, con unos aretes muy grandes, cuyas guarniciones metálicas abarcaban los lóbulos de sus orejas. La hizo entrar Gabriela, sencilla, con su vestido largo y desgarrado, su melena griseante peinada hacia atrás y sus cordiales ojos claros. Se saludaron como antiguas amigas e iniciaron de inmediato una larga conversación, entre cigarrillo y cigarrillo.

"No sé, naturalmente, de qué hablaron, pero me imagino que Gabriela hablaría de "sus" indios, de sus niños, de libros, de América, y que Victoria Ocampo a su vez, disertaría sobre Lawrence (D.H.), sobre Eliot (T.S.) o sobre Huxley (Aldous). La interesante aristócrata argentina se marchó unas horas más tarde dejando el rastro exquisito de su perfume francés. Al día siguiente, cuando volví a casa de Gabriela, ella, que tenía mucho sentido del humor, lanzó una carcajada cuando le dije que el encuentro me había hecho pensar en el abrazo de Maipú, de San Martín y O'Higgins".